



Más de doscientos mil jóvenes norteamericanos se manifestaron ante la Casa Blanca para protestar contra la represión y la muerte de los cuatro estudiantes en Kent causada por policías de la Guardia Nacional. El propio Nixon calificó a los estudiantes de "holgazanes que están reventando las Universidades" ("these bums... blowing up campuses").



Un mayo norteamericano

Desde una fecha que puede situarse en el asesinato del Presidente Kennedy, los Estados Unidos están viviendo una situación de guerra civil. Es una guerra civil lenta y disfrazada, pero permanente. Corresponde en su ritmo y en sus características a la guerra exterior que sostiene el país: una guerra ambigua sin declarar, recubierta por una incoherencia de propósitos, de objetivos. Todo ello produce una situación irracional. Vemos cómo Nixon, por ejemplo, justifica la invasión de Camboya diciendo que es una operación necesaria para la retirada de las tropas de los Estados Unidos de Vietnam. ¿Quién puede asegurar que mañana no anunciará una invasión de Laos para conseguir la retirada de Camboya, y pasado la invasión de China para poder salir de Laos? ¿Quién puede creer en sus declaraciones afirmando que la aventura de Camboya tiene unos límites en el tiempo y en el espacio?

El Presidente de los Estados Unidos ha perdido ya la fuerza de la credibilidad. El Presidente —es decir, el cargo y no la persona— comenzó a hacerse irracional y fantasmal en los tiempos de Johnson. El mismo Johnson, retirado antes de tiempo —quemado, inutilizado—, está contribuyendo ahora, con sus Memorias relatadas en la televisión, a este tambaleo de la figura presidencial, renegando de algunos de los actos y dichos que fueron dogmas en su época de gobierno, alguno tan grave como las circunstancias del asesinato de su predecesor, Kennedy. Johnson duda ahora públicamente de la veracidad del informe Warren, que otrora defendió y proclamó. Se destruye así, simultáneamente con la figura del Presidente, la imagen de algo que desde su misma fundación nacional los Estados Unidos han sostenido como ajeno a todos los vicios de este mundo, la institución de la justicia.

En Europa hay una antigua costumbre de considerar la política como un juego de astucias, en el que la verdad no tiene por qué ser una virtud. El viejo Maquiavelo sabía algo de eso. En los Estados Unidos no es así. Los Estados Unidos están fundados sobre unos mitos y sobre una credulidad. Sus cimientos son puritanos. La entrada en la historia de los Estados Unidos se hizo con una proclamación de derechos del hombre, un sentido divino de misión, unas afirmaciones abstractas de

libertad a ultranza, y la tradición se formó en seguida sublimando las figuras de sus primeros Presidentes, en torno a cuyas cabezas románticas se pintó la aureola de una especie de santidad laica, premiada, digámoslo así, con el martirio, con el asesinato. Kennedy fue el último de estos mártires laicos. Todos los posibles rastros negativos de su biografía, todos los puntos oscuros de su política acabaron en la gran escenografía de su entierro y se fueron también a la tumba del cementerio nacional de Arlington.

La actual sensación de fraude es enormemente grave. Es la hora en que los mitos se derrumban y nada les sustituye. Ni siquiera lo que en tiempos se llamó en Europa «realpolitik» —la adscripción a un realismo cínico, pero eficaz por encima de abstracciones, mitos y utopías—, porque no se ve la realidad de toda esta política indochina. Hace tiempo que se estableció la idea de que era una guerra imposible de ganar militarmente: se iniciaron, en consecuencia, las conversaciones de París, se suspendieron los bombardeos del Norte, se redujeron las operaciones de infantería. Toda una política general de los Estados Unidos se definió sobre esta realidad admitida y formó la base de la campaña electoral de Nixon y aun de sus primeros meses de gobierno. Se trataba de borrar finalmente la imagen de los Estados Unidos como «gendarme del mundo» —iniciada con la doctrina Truman: intervención en la Grecia de la posguerra—, se aseguró que la «era de la confrontación» había terminado y comenzaba la «era de la negociación». Los países del mundo debían estar menos dependientes de los Estados Unidos. La «vietnamización» suponía la retirada gradual de las tropas del ejército expedicionario para que el Gobierno de Saigón se encargase directamente de sus propios asuntos y, como no podría detener la guerra por sí solo, buscaría un Gobierno de conciliación y una lejana salida electoral. Pero la vietnamización no era solamente una doctrina local, sino general: en sus viajes y en sus mensajes a la OTAN, Nixon advertía a los países europeos que era aplicable a ellos mismos, que debían basar su defensa y su política exterior en sí mismos. Simultánea e inevitablemente, la convivencia con la URSS se acentuaba y se abrían los brazos políticos hacia el Este. No sólo hacia la URSS, sino también hacia China.

La extensión de la guerra en Indochina es un mentís a esa política iniciada. La represión en el frente interior a quienes

EN PUNTO



Tres imágenes de la batalla de Kent: miembros de la Guardia Nacional organizan la línea de fuego frente a los estudiantes. Sobre estas líneas, una muchacha llora junto al compañero que acaba de morir. A la derecha, una de las cuatro víctimas.

protestan contra esa extensión es otro grave retroceso. Los cuatro estudiantes muertos en Kent son un indicio de esta contradicción. Disparó contra ellos la Guardia Nacional, pero, ¿quién cargó sus armas mentales? ¿Cuál puede ser la disposición de ánimo de un guardia nacional que acaba de oír a su Presidente decir que los jóvenes estudiantes son «unos holgazanes que están reventando las Universidades» («these bums... blowing up campuses»)? ¿Y si el vicepresidente de la nación acaba de decir que eran «carne de presidio»? Nixon, después, ha renegado de sus palabras y de las de Agnew, ha contemporizado con los estudiantes, cuando ya ochenta Universidades del país estaban cerradas y se celebraba la gran manifestación de protesta ante la Casa Blanca. Pero el mal está hecho, y la vuelta atrás no hace más que aumentar las incoherencias.

Los extremistas, que comparan la situación actual del poder en los Estados Unidos a las de Hitler y Stalin, parecen notablemente equivocados. De Hitler y de Stalin se ha dicho pudorosamente que estaban locos para buscar unas disculpas a las situaciones que presidieron, y, sin embargo, aquellas situaciones eran racionales. Obedecían a razones antiguas, tan antiguas como las de los Faraones o los Césares romanos; mantuvieron un programa desde el principio al fin, y si ese programa era vituperable y los métodos para conseguirlo odiosos, es otra cuestión. Como la Gran Bretaña de Disraeli y Gladstone fundó coherentemente un Imperio. La actual situación norteamericana es mucho menos coherente, mucho más irracional. Hay una grave confusión entre programa y acción. Y, más grave todavía, hay una verdadera falta de programa.

¿Cuál es el objetivo de la implantación pretendida en Indochina? ¿Cuál es la finalidad de esta guerra? La falta de respuesta coherente a estas preguntas es la clave de la situación y es la clave de la anarquía en la vida norteamericana. Es el secreto de su ruptura social y de la guerra civil que la está conmoviendo.

Un resultado inmediato ha sido el del aislamiento del Presidente Nixon. Algunos de sus más importantes consejeros le han dejado solo. Aseguran que más bien ha sido Nixon el que voluntariamente se ha quedado solo al no atender sus razones. Entre el 22 y el 27 de abril, en Camp David, Nixon se reunió con Kissinger —consejero de Asuntos de Seguridad Nacional—, Rogers, secretario de Estado, y Laird, secretario de Defensa:

todos —según el periodista Stuart H. Loory— se mostraron contrarios a la invasión de Camboya. El secretario del Interior, Walter Hickel, ha escrito una carta pública al Presidente desolidarizándose de la represión contra la juventud. Hickel es multimillonario, conservador, rígido y moralista. Nadie podrá acusarle de comunista o de rojo —como está haciendo sistemáticamente el FBI contra quienes disienten de la política gubernamental—. El secretario de Educación, Finch, ha dicho que esta vez la protesta no es producto «de un puñado de militantes», sino la consecuencia de una crisis nacional. El columnista James Reston explica la situación: «El Presidente se encuentra precisamente donde no querría estar: aislado de los grandes fermentos intelectuales de su tiempo, incluso de los propios miembros disidentes de su Gobierno, y actuando sobre conceptos que se están revelando falsos». Otro columnista, Robert J. Donovan, escribe: «Los historiadores que examinen este momento podrán concluir que el Presidente se encuentra en algo más que en un apuro: está en crisis o en algo muy próximo a ella». Los dos escritores coinciden en señalar que Nixon ha sido víctima de un error (Donovan: «Mister Nixon parece no haber advertido todo el peligro de la repercusión en las Universidades de su decisión de guerra; si es así, el error de cálculo puede traer para él las peores consecuencias»). Reston: «Lo más sorprendente de la oposición en el Congreso y las Universidades a la invasión de Camboya es que el Presidente Nixon se ha sorprendido genuinamente por ella»).

Lo realmente grave es que esta situación de Nixon no se llegue a ver como un error personal, suyo y de su vicepresidente, como pudo aún ocurrir en el caso de Johnson, sino que la persona Nixon importe menos que el Presidente de los Estados Unidos y que la crisis se sitúe no en un hombre con poder, sino en una institución en un país que por sus leyes, su Constitución y sus tradiciones ha situado en tal institución —la Presidencia— el símbolo de todo su espíritu nacional y de todas sus utopías. La crisis de Nixon es algo que sólo puede preocupar al propio Nixon. La crisis del Presidente es lo más grave que puede ocurrir en los Estados Unidos y tiene repercusiones en todo el mundo. No olvidemos que, con disfraz o sin él, todo lo que ocurre en el mundo está directamente influido por los Estados Unidos y que su enorme confusión nacional se está reflejando en una confusión mundial.